

ESSAY ON A COURSE OF LIBERAL EDUCATION
(1764) DE PRIESTLEY Y *MEMORIA SOBRE LA*
EDUCACIÓN PÚBLICA (1802) DE JOVELLANOS:
UN ANÁLISIS COMPARATIVO^α


Priestley's Essay on a Course of Liberal Education (1764)
and Jovellanos's Memoria sobre la Educación Pública (1802):
A comparative approach

Alejandro Sell Maestro^β

Fecha de recepción: 25/01/2019 • Fecha de aceptación: 24/03/2019

Resumen. La Ilustración fue un movimiento multidisciplinar que nutrió sus esperanzas en la educación, como medio por el cual la sociedad podría sustentar su progreso o en ciertos casos, al menos mantenerlo; pero no todos los ilustrados tuvieron la misma concepción de la educación, pues cada uno de ellos es producto de sus propias circunstancias vitales y de una formación diferenciada. Este es el caso de Joseph Priestley y de Gaspar Melchor de Jovellanos, dos personalidades que, si bien resultan contrapuestas en algunos aspectos, coinciden en otros. El primero, oriundo de una familia artesana de la Inglaterra rural y formado en un ambiente del más puro protestantismo disidente se opone claramente, al menos a simple vista, al segundo, miembro de la aristocracia asturiana y educado en la tradición católica escolástica. A pesar de ello, y esto es lo que se pretenderá demostrar más abajo, ambos son hijos, receptores y difusores de la Ilustración, y desde el punto de vista personal y profesional, tanto uno como otro fueron polifacéticos autores, mantuvieron una estrecha vinculación con sus respectivas confesiones religiosas y terminaron siendo perseguidos por sus afanes de reforma social. Todo ello da lugar a unas visiones sobre la educación muy similares, fundamentalmente, en su oposición

^α La realización de este trabajo ha sido posible gracias a una Beca de Introducción a la Investigación concedida por el Vicerrectorado de Investigación y Transferencia de la Universidad de Alcalá (curso 2018-2019).

^β Departamento de Historia y Filosofía, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Alcalá. C/ Colegios, 2, 28801 Alcalá de Henares (Madrid), España. alejandro.sell@edu.uah.es  <https://orcid.org/0000-0002-1554-302X>

al sistema escolástico vigente, y a unas diferencias, hasta cierto punto, paradójicas y, en todo caso, muy influenciadas por sus respectivos pensamientos religiosos.

Palabras clave. Priestley; Jovellanos; Ilustración inglesa; Ilustración española; educación comparada

Abstract. *The Enlightenment was a multidisciplinary movement which deposited its hopes in education as a means to enable society to advance in, or at least maintain, its progress. However, not all figures of the Enlightenment viewed education in the same way since each was the product of their own vital circumstances and training. This is the case of Joseph Priestley and Gaspar Melchor de Jovellanos, who, though quite different in some respects, were similar in others. Born into a family of artisans in rural England and brought up in the strictest nonconformist tradition Priestley is, to all appearances, the complete opposite of Jovellanos, who belonged to the Asturian aristocracy and was raised in the tradition of Roman Catholic scholasticism. Yet, as this article aims to show, both were children of the Enlightenment who imbibed and disseminated its ideas; and both were writers with a broad range of interests who retained close links with their respective religious confessions and ended up being persecuted on account of their zeal for social reform. In consequence, their views on education, heavily influenced by their religious convictions, were at the same time very similar, above all in their opposition to the current scholastic systems, and yet different in sometimes surprising ways.*

Keywords. *Priestley; Jovellanos; English Enlightenment; Spanish Enlightenment; Comparative education*

INTRODUCCIÓN

La preocupación por el estado de una educación demasiado tradicional e inmutable llegó a los intelectuales de la Ilustración, quienes, percibiendo que el tradicional método educativo vigente desde el siglo XIII ya no se adaptaba a una sociedad en transformación, y en concordancia con un halo generalizado de optimismo dieciochesco, creyeron que era posible que los problemas que sobre la educación imponía el antiguo sistema escolástico de raíces clásicas, se solucionaran de una vez por todas en la realidad. El objetivo de este trabajo, por tanto, es el de comparar las perspectivas que sobre la educación tenían dos intelectuales ilustrados, el inglés Joseph Priestley y el español Gaspar Melchor

de Jovellanos, ambos fervientes críticos de la obsoleta escolástica. Para ello, he considerado conveniente, en primer lugar, dedicar un apartado a explicar por qué surgió durante el periodo de la Ilustración el interés por llevar a cabo transformaciones en el ámbito de la educación, para después, en el apartado siguiente, exponer los principales aspectos biográficos de ambos autores. Hay que tener en cuenta a este respecto que, en el pensamiento de cualquier autor, influyen de forma determinante tanto las circunstancias en las que vivió como la formación que recibió, y con mayor importancia en aquellos autores, como es el caso de Priestley y de Jovellanos, que precisamente teorizan sobre la educación. Después de dedicar un espacio a estos dos apartados, se exponen, a modo comparativo, las semejanzas y las diferencias entre las concepciones educativas de ambos autores, tomándose como fuente para ello dos obras que, de alguna forma, constituyen la culminación de su pensamiento sobre la educación: *An Essay on a Course of Liberal Education for Civil and Active Life* (1764) y la *Memoria sobre educación pública, o sea, tratado teórico-práctico de enseñanza, con aplicación a las escuelas y colegios de niños* (1802).

Pese a que Priestley compusiera otros escritos sobre temas educativos, lo cierto es que el más completo es su *Essay*, en tanto que constituye la base teórica del método educativo que emplearía como docente y en disertaciones posteriores. Por su parte, Jovellanos también había escrito a lo largo de su carrera intelectual numerosos escritos de carácter pedagógico, pero su *Memoria* constituye una obra excepcional en el sentido de que supone un cambio de perspectiva relacionado con una pérdida del optimismo ilustrado de sus primeros años y el abrazo de un individualismo que anuncia el surgimiento de unas nuevas actitudes prerrománticas. En todo caso, este apartado comparativo, que es el principal del trabajo, responde fundamentalmente a cuatro preguntas con respecto a la reforma educativa: ¿para qué?, ¿para quién(es)?, ¿cómo? y ¿qué?; es decir, motivos para la reforma, destinatarios de la reforma, metodología de enseñanza y contenidos de la enseñanza. El final de este apartado está dedicado a explicar por qué la diferencia confesional tuvo una repercusión notable en la definición de ambos corpus pedagógicos. Por último, se terminará con una conclusión general en la que se apuntarán las repercusiones que tuvieron ambos autores en épocas posteriores.

ILUSTRACIÓN Y EDUCACIÓN: UN PENSAMIENTO HOMOGÉNEO DE GRAN HETEROGENEIDAD

La Ilustración fue un movimiento cultural que sacudió los estándares políticos, sociales, económicos, científicos y culturales en los que se venía asentando la sociedad desde la época medieval. Repentinamente surge a lo largo del continente europeo, aunque con más intensidad en unas zonas que en otras, un deseo del hombre por conocerse a sí mismo y al mundo que le rodea. Si hay una palabra que define este movimiento cultural es «curiosidad»; una curiosidad por todo lo que siempre ha existido, pero que no se ha querido o podido conocer en profundidad. No obstante, esta afirmación puede resultar en cierta medida ambigua, pues realmente dicha curiosidad por conocer ha existido desde los mismos orígenes de la especie humana. Es por ello que cabe preguntarse: ¿qué es lo que ha permitido al hombre ilustrado saciar esta curiosidad a un nivel tan alto como para cambiar el mundo de una forma definitiva e irreversible? La respuesta es sencilla y ya venía fraguándose durante el siglo XVII: la costumbre de experimentar. El intelectual deja de lado las grandes disertaciones teóricas y abraza el experimentalismo; es decir, el intelectual no va a llegar a un conocimiento pleno y útil del mundo exterior encerrado en un gabinete, sino que para ello debe interactuar con el medio.¹ De alguna forma, el ilustrado es como un niño que debe jugar con el mundo, que es su juguete, pues un niño que permanece encerrado en su casa no hace más que aprender aspectos banales, en el sentido de que no le van a ser de utilidad para enfrentarse al mundo exterior.

No obstante, precisamente para que este conocimiento sea útil, no basta con experimentar, sino que hay que razonar a partir de los resultados que nos aporta la experiencia de los sentidos. En otras palabras, todo lo nuevo que se percibe, debe ser sometido a crítica, lo que implica una formación previa. Para poder llevar a cabo el razonamiento crítico de cualquier experimento es necesario conocer quienes habían razonado anteriormente sobre el mismo y las condiciones en las que se ha realizado; es decir, hay que ser conscientes tanto del bagaje intelectual con el que ya se cuenta como del contexto en el que se desarrollan los experimentos, algo solo posible habiendo recibido una educación sobre ello.

¹ Roy Porter, *Enlightenment. Britain and the Creation of the Modern World* (London: Penguin Books, 2000), 340-341.

Muchos de los nuevos descubrimientos científicos y culturales del periodo, como es la famosa máquina de vapor de James Watt, van a influir en el desarrollo económico de unas sociedades en expansión, y es por ello que inevitablemente la Ilustración ligó la formación intelectual con el progreso económico;² la educación es útil para la generación de riqueza. Se deja atrás la tradicional concepción cristiana del niño como encarnación del pecado y del desorden, que es sustituida por otra más optimista que entiende al niño prácticamente como un medio de producción capaz de convertirse en un potencial productor de riqueza dentro del marco de un futuro ideal dominado por el progreso. Como dijo John Locke: «nueve de cada diez partes de las que conforman a cada hombre son resultado de la educación que han recibido».³ De ahí que los intelectuales ilustrados se interesen tanto por la labor educativa, que debe ser teórico-práctica, en tanto que el progreso únicamente será posible si a los niños se les educa desarrollando una actividad intelectual práctica que se nutra de unos conocimientos teóricos adquiridos con anterioridad. No en vano, como apuntó Immanuel Kant, en el siglo XVIII no se vivía en una época ilustrada, sino en «una época de ilustración»;⁴ es decir, la sociedad ilustrada no surge de la noche a la mañana, sino que constituye un proceso paulatino que culminará cuando las distintas generaciones sean educadas siguiendo los principios determinados por la razón y la experimentación.

Partiendo de esta base teórica, lo cierto es que la visión que los ilustrados tenían sobre la educación era muy heterogénea, pues variaba mucho en función de la propia formación que hubiese recibido cada uno individualmente; formación, por otra parte, que a su vez se veía determinada por las condiciones políticas, económicas, sociales y religiosas de sus respectivos entornos familiares y, más en general, de la unidad política en la que se hubiesen criado, si bien este último aspecto no resulta siempre determinante, pues en un determinado territorio las costumbres y las mentalidades de sus habitantes no suelen ser homogéneas. No

² Antonio Juan Colom Cañellas y Bernat Sureda García, «Introducción», en *Memoria sobre educación pública, o sea, tratado teórico-práctico de enseñanza, con aplicación a las escuelas y colegios de niños*, Gaspar Melchor M^a de Jovellanos (Madrid: Editorial Biblioteca Nueva, 2012), 45-46.

³ Porter, *Enlightenment*, 339-340.

⁴ Immanuel Kant, *Filosofía de la Historia*, trad. Eugenio Ímaz (Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2000), 29.

se puede comparar, por ejemplo, la educación recibida por un español a la de un inglés; entre otros aspectos, por la diferencia religiosa y de mentalidad frente al trabajo: formación católica tradicional basada en métodos escolásticos y frecuentemente dirigida a potenciales eclesiásticos frente a una educación protestante disidente que prima un desarrollo personal e individual orientado a desempeñar actividades útiles relacionadas con el progreso económico del país, como el comercio o la artesanía. Del mismo modo, no es igual la formación recibida por un inglés perteneciente a la *gentry*,⁵ normalmente de carácter anglicano y orientado al desempeño de cargos públicos, que la recibida por un inglés integrado en una familia de tradición manufacturera, que en muchas ocasiones va a tender más a desarrollar una visión práctica del mundo basada en la experimentación y no siempre bajo el velo de la Iglesia oficial, sino de corrientes religiosas alternativas que animan a entender la vida espiritual desde una perspectiva racionalista y alejada de todo dogmatismo.

Por tanto, se puede concluir que no existió un ideario ilustrado homogéneo, sino que más bien hay tantas visiones de la Ilustración como intelectuales ilustrados existieron, pues cada uno recibió una formación diferenciada en función de sus propias circunstancias vitales. No obstante, no deja de resultar destacable que, pese a sus circunstancias vitales diferenciadas, los ilustrados compusiesen un pensamiento con determinados puntos en común. Este trabajo pretende dar cuenta de estas semejanzas y diferencias ideológicas mediante la comparación de las concepciones que sobre la educación tenían dos ilustrados, el inglés Joseph Priestley y el español Gaspar Melchor de Jovellanos, que vivieron unas circunstancias vitales, políticas, económicas, sociales, culturales y religiosas completamente distintas. Todas ellas serán analizadas y comparadas para conocer cómo se reflejan en sus respectivas teorías sobre la educación. En definitiva, se pretende destacar la manera en que dos ilustrados con un bagaje completamente diferenciado llegaron a formular sus respectivas teorías educativas, en muchos aspectos coincidentes, como reflejo de que la Ilustración, como movimiento universal, no es

⁵ En Gran Bretaña, grupo social con propiedades en el mundo rural pero que carecía de títulos nobiliarios. La *gentry* fue la principal promotora de la Primera Revolución Industrial al fomentar la intensificación de la producción agraria mediante el sistema de las *enclosures*.

sino un conjunto heterogéneo de concepciones individuales edificadas sobre una base ideológica común.

PRIESTLEY Y JOVELLANOS: DIFERENTES ORÍGENES, UN MISMO FIN

Tanto Joseph Priestley como Gaspar Melchor de Jovellanos llegaron, como se ha comentado, a defender unas ideas generalmente muy similares, pero después de seguir unos caminos muy distintos que se vieron condicionados por sus respectivas circunstancias vitales. Priestley, por un lado, nació en 1733 en Birstall (West Yorkshire), hijo de un artesano textil perteneciente al grupo social de los pequeños industriales que se estaba forjando en las décadas anteriores a la Revolución Industrial. Pasó sus primeros años en un ambiente en el que primaba el conocimiento práctico sobre el teórico. Con seis años, se marchó a vivir con una tía soltera que le imbuyó sus primeros conocimientos teóricos desde la base de una estricta pero tolerante moral presbiteriana,⁶ pues recibía con los brazos abiertos a cualquier predicador disidente que entrara en su casa, siempre que fueran «hombres buenos y honestos».⁷ La facilidad de Priestley para memorizar los catecismos, así como para aprender latín, griego y hebreo, llevó a su tía a prepararle para el oficio de pastor, si bien, tras caer enfermo, pensó en dirigirle hacia una formación más práctica, consistente en aprender francés, italiano, alemán, árabe y arameo, con el objetivo de ejercer un oficio comercial en Lisboa, donde el ambiente templado era más propicio para su recuperación.⁸

De esta forma, a los diecinueve años (1752), con todo este bagaje teórico tradicional a sus espaldas y decidido finalmente por la carrera eclesiástica, ingresó en la Daventry Academy, institución alternativa a las universidades de Oxford y Cambridge para la formación de los disidentes, es

⁶ El presbiterianismo es una rama confesional del calvinismo ideada por John Knox durante la Reforma y especialmente extendida en Escocia. Se muestra partidaria de la soberanía única de Dios y de un conocimiento basado en la interpretación individualizada de la Biblia. Rechazan las imágenes y todo tipo de exaltaciones externas de la fe, estableciendo que la salvación únicamente se consigue por medio de la fe, y no mediante las obras.

⁷ Jenny Uglow, *The Lunar Men: The Friends Who Made the Future* (London: faber&faber, 2002), 72; Porter, *Enlightenment*, 406.

⁸ Paul M. Zall, «The Cool World of Samuel Taylor Coleridge: Joseph Priestley, Firebrand Philosopher», *The Wordsworth Circle* 9, no.1 (1978): 64-70 (64).

decir, de aquellos fieles cristianos disconformes con la Iglesia Anglicana oficial, cuya entrada en ambos centros les estaba vetada. La formación recibida en estas academias era, a pesar de todo, mucho más avanzada que en las universidades, pues impartían unos conocimientos teórico-prácticos adaptados a los cambios políticos, sociales y culturales que se estaban produciendo en toda Europa, en contraposición a la enseñanza de carácter escolástico impartida en los centros oficiales. En ellas se incentivaba un aprendizaje basado en el método experimental como complemento necesario a los estudios teóricos, que por sí solos carecían de utilidad a la hora de ponerlos en práctica en un mundo que avanzaba a pasos agigantados hacia un progreso técnico cada vez mayor. De esta forma, Priestley centró sus estudios prácticos sobre todo en el ámbito de la Química, en el cual, a base de experimentar con ratones, consiguió aislar por primera vez el oxígeno.⁹

Fue en Daventry donde llegó a conocer el pensamiento de Locke y la concepción newtoniana del mundo, que de alguna forma le salvó de la irracionalidad y de la superstición calvinista en la que se había formado, cuyas ideas sobre la predestinación le atormentaban por no saber si estaría destinado a alcanzar la salvación o no.¹⁰ De esta forma, decidió abrazar el cristianismo más racionalista de los disidentes, que conciben el mundo desde una perspectiva optimista y típicamente ilustrada alejada de toda oscura superstición. Esta forma racional de concebir la religión recibe el nombre de Unitarismo, y Priestley fue quizás quien más contribuyó a asentarlo como la secta racionalista más importante del ámbito anglosajón. El Unitarismo propone una visión muy abierta y poco restrictiva del cristianismo: únicamente hay que creer en la existencia de Dios, y no en la Trinidad ni en otras interpretaciones irracionalistas de la Biblia, si bien se afirma la tolerancia hacia el resto de las confesiones religiosas, incluido el catolicismo.¹¹ En relación con esta voluntad de reforma religiosa, Priestley compuso obras de gran relevancia para la posterior consolidación del pensamiento religioso disidente tanto en Gran Bretaña como en Estados Unidos, entre las que destaca

⁹ Zall, «The Cool World», 65; Ruth Watts, «Joseph Priestley (1733-1804)», *Prospects: the Quarterly Review of Comparative Education*, UNESCO (International Bureau of Education) XXIV, no. 1 y 2 (1994): 343-353 (343).

¹⁰ Uglow, *The Lunar Men*, 73.

¹¹ Uglow, *The Lunar Men*, 169.

Institutes of Natural and Revealed Religion (Institutos de Religión Natural y Revelada) de 1772-74.

Una vez finalizados sus estudios, se desplazó a distintos establecimientos del país para ejercer la enseñanza, hasta que finalmente, en 1761, fue llamado para impartir clases en la Warrington Academy, que había sustituido a Daventry como centro disidente de estudios más pujante de Inglaterra, como tutor de Lenguas Modernas y Retórica. En calidad de tal, ejerció una enseñanza racionalista y teórico-práctica acorde con su formación familiar y académica en Daventry.¹² De 1767 a 1794 se estableció en distintos puntos de la geografía inglesa para ejercer su ministerio, y como bibliotecario del político *whig* Lord Shelburne (1774-80).¹³ Además, continúa con sus experimentos científicos lo que le permitió entrar en contacto, durante la década de 1780, con la Sociedad Lunar de Birmingham, compuesta por un conjunto de intelectuales polímatas (Erasmus Darwin,¹⁴ Matthew Boulton,¹⁵ James Watt) que incentivaron la faceta científica de Priestley, que llegó a componer, en esta época, obras relacionadas con la óptica, la electricidad, los gases, la fotosíntesis o la composición del agua, como *The History and Present State of Electricity (La Historia y el Presente Estado de la Electricidad)*, de 1767, que le valdrá su ingreso en la Royal Society, y *Experiments and Observations of Different Kinds of Air (Experimentos y Observaciones sobre Diferentes Tipos de Aire)*, de 1774-77.

Con el estallido de la Revolución francesa (1789), Priestley se situó del lado de los revolucionarios, contradiciendo de esta forma la postura oficial de Gran Bretaña. Partidario, en último término, de la desaparición de la Iglesia Anglicana, en 1785 un Priestley cada vez más radicalizado había emitido un texto en el que afirmaba: «estamos depositando pólvora, grano a grano, bajo el viejo edificio del error y la superstición, de tal forma que una mera chispa la inflamará, provocando una

¹² Zall, «The Cool World», 65.

¹³ William Petty (1737-1805). Noble y político de origen irlandés que ejerció como Primer Ministro entre 1782 y 1783, periodo en el que logró poner fin a la Guerra de Independencia estadounidense. Además, fue un conocido coleccionista de antigüedades y de obras de arte.

¹⁴ Médico y naturalista inglés (1731-1802), defensor de una serie de ideas precedentes del evolucionismo que posteriormente desarrollaría de forma sistemática su nieto Charles Darwin.

¹⁵ Artesano y empresario inglés (1728-1809) que se asoció con James Watt para aplicar la máquina de vapor al proceso de producción de manufacturas a gran escala.

explosión instantánea». ¹⁶ Estas palabras, en el marco del estallido revolucionario, generaron revueltas populares en Birmingham, que pusieron en el ojo del huracán a los unitarios y, especialmente, al propio Priestley, que era considerado un potencial aliciente de la subversión contra la Iglesia Anglicana y la Corona. Hay que tener en cuenta que, en los últimos años, Priestley se había convertido en un ferviente crítico de todo tipo de Iglesia institucionalizada a través de sus obras y de la prensa. Por ello, para evitar poner en riesgo su vida, en 1794 embarcó hacia Estados Unidos, donde, pese al patronazgo de Thomas Jefferson, que se había visto muy influido por sus escritos unitaristas, Priestley seguía siendo visto como un potencial subversivo. ¹⁷ Finalmente, murió en Filadelfia en 1804. Si bien Priestley fue sobre todo famoso por sus contribuciones a la ciencia y a la reforma religiosa, cabe destacar que, como polímata, compuso también obras relacionadas con el pensamiento político, como su *Essay on the First Principles of Government (Ensayo sobre los Primeros Principios del Gobierno)*, de 1768; y con la educación, como su breve *Essay on a Course of Liberal Education for Civil and Active Life (Ensayo sobre un Curso de Educación Liberal para una Vida Civil y Activa)*, de 1764, en el que están presentes todas sus ideas referentes a la formación académica de acuerdo a la ideología teórico-práctica que fue desarrollando a lo largo de su vida, y que constituye la obra que se analizará posteriormente.

Por su parte, Jovellanos nació en Gijón en 1744, once años después de Priestley, dentro de una familia de la baja nobleza asturiana. Se percibe, por tanto, una diferencia de estatus social entre ambos. Allí estudió, al igual que el inglés, latín y griego, y en Oviedo, filosofía. ¹⁸ Como tercer hijo varón de una familia hidalga, su destino era la carrera eclesiástica, y es por ello que cursó sus estudios superiores en la Universidad de Osma, ¹⁹ un centro de patronazgo episcopal, y consiguientemente, en

¹⁶ Zall, «The Cool World», 67.

¹⁷ Uglow, *The Lunar Men*, 493-494; Porter, *Enlightenment*, 414.

¹⁸ José Miguel Caso González, *Jovellanos* (Madrid: Fundación M^a Cristina Masaveu Peterson, 2011), 69.

¹⁹ Colom Cañellas y Sureda García, «Introducción», 12; Olegario Negrín Fajardo, «El currículum reformista y la crítica de la metodología escolástica en Gaspar Melchor de Jovellanos», en *Jovellanos: el hombre que soñó España*, ed. Emilio de Diego et al (Madrid: Ediciones Encuentro, 2012), 265-292 (265-268).

el que continuaba con plena vigencia el tradicional método escolástico de estudios que no dejaba cabida a los procedimientos empíricos que exigía una realidad en continuo cambio. Esto supone una diferencia fundamental con respecto a Priestley, aunque más en lo que se refiere a sus respectivas concepciones del cristianismo que a sus perspectivas sobre la educación, pues como se verá posteriormente, son bastante similares en varios aspectos. Lo que sí habría que destacar, en todo caso, es que Jovellanos llegó a la universidad, en buena parte, gracias a sus buenos contactos familiares, mientras que Priestley lo hizo exclusivamente por méritos propios. Tras licenciarse en Derecho Canónico (1763), estudió en Alcalá, donde entró en contacto con las ideas de la Ilustración francesa a través de José Cadalso,²⁰ que acababa de regresar de París.²¹ Por tanto, se aprecia una dicotomía entre una mayor influencia francesa por parte de Jovellanos y una mayor influencia inglesa por parte de Priestley.

Tras decidirse a emprender una carrera política, en 1767 viajó a Madrid, donde obtuvo la plaza de magistrado, con la que fue destinado a Sevilla, entrando bajo la protección del ilustrado Pablo de Olavide, formado en Francia y ejecutor de toda una serie de reformas educativas con la complacencia de Carlos III. El joven magistrado entrará en contacto con la élite ilustrada española asistiendo a las tertulias celebradas en casa de Olavide.²² Aquí comienza un distanciamiento con respecto a Priestley en lo que se refiere al ámbito profesional, pues, mientras que Jovellanos se dedicará fundamentalmente a la política, su contemporáneo inglés seguirá celosamente entregado, sobre todo, a su labor como ministro disidente. El autor español no abandona, sin embargo, sus preocupaciones culturales e intelectuales, sino que, por el contrario, compatibilizará la política y la magistratura con una intensa actividad reflexiva que le llevará a convertirse, al igual que Priestley, en un auténtico polímata. De hecho, ingresó en la Sociedad Económica Sevillana de Amigos del País y en la Matritense, de la que llegaría a ser presidente,²³

²⁰ Escritor y militar español (1741-1782). Ilustrado de formación cosmopolita pero tendente a manifestar en sus obras ciertas actitudes consideradas prerrománticas. Entre sus composiciones cabe destacar *Noches Lúgubres* y *Cartas Marruecas*, ambas publicadas póstumamente en 1789.

²¹ Colom Cañellas y Sureda García, «Introducción», 13.

²² Caso González, *Jovellanos*, 77-79.

²³ Colom Cañellas y Sureda García, «Introducción», 14.

lo que demuestra su voluntad de reformar la sociedad, en un principio, siempre siguiendo una directriz típicamente ilustrada: la prosperidad de un país se rige por la fortaleza de su economía, garantizada a su vez por medio de una adecuada formación.²⁴ En este sentido, Jovellanos parece mostrarse partidario de un materialismo tan evidente como el de Priestley, si bien, como se apreciará más adelante con respecto a la perspectiva educativa, mientras que el autor británico mantiene su ideología inmutable, la del español evolucionará hacia un mayor individualismo y liberalismo que apunta maneras prerrománticas. Su consolidación como personaje de la Corte llegará entre 1777 y 1780, cuando sea nombrado Alcalde de Casa y Corte y consejero de las Órdenes Militares, cargos desde los que desplegó una serie de reformas modernizadoras.²⁵

Su talante reformista y crítico con la alta sociedad del momento le granjeó, sin embargo, problemas con Manuel de Godoy y la reina María Luisa, que sentía un odio irracional hacia él. Por ello, fue enviado a Asturias a estudiar la situación de la minería en su tierra natal, como un medio para apartarlo de la Corte. Sin embargo, incluso allí continuará con su reformismo.²⁶ En 1794 fundó, no sin dificultades, el Real Instituto de Náutica y Mineralogía en concordancia con su interés por fomentar la modernización de estos dos sectores y proceder al desarrollo económico de España a través de una escuela de enseñanza técnica pública, gratuita y universal.²⁷ Lo trascendental de este viaje, en todo caso, es que dedicará los primeros años de la década de 1790 a viajar por las cuencas mineras asturianas, estableciendo contacto directo con los trabajadores,²⁸ lo que tendrá una gran repercusión en la definición de su sistema educativo, diferenciándolo del de Priestley, como se verá más adelante. En octubre de 1797 se le designa embajador en Rusia, aunque un mes

²⁴ Olegario Negrín Fajardo, «Escritos Pedagógicos de Jovellanos», en *Obras Completas de Gaspar Melchor de Jovellanos*, vol. XIII, ed. José Miguel Caso González (Oviedo: Instituto Feijóo de Estudios del Siglo XVIII, 2010), 274.

²⁵ Caso González, *Jovellanos*, 89 y 97-98.

²⁶ Caso González, *Jovellanos*, 101-110, 115-124.

²⁷ John H.R. Polt, «Jovellanos y la educación», Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/jovellanos-y-la-educacin-0/html/fffa9866-82b1-11df-acc7-002185ce6064_7.html (consultado el 01-03-2019).

²⁸ Colom Cañellas y Sureda García, «Introducción», 16.

más tarde su amigo Francisco Cabarrús,²⁹ director del Banco de San Carlos, maniobró para que fuese nombrado Ministro de Gracia y Justicia. No obstante, fue despedido inmediatamente por su intento de realizar una reforma judicial que desagradaba a la élite nobiliaria, el agravamiento de sus problemas con la reina y su mala fama entre los funcionarios madrileños, que consideraban su modo de proceder herético y ateo,³⁰ cuando realmente, como se apreciará en el diseño de su programa educativo, el autor asturiano era tan devoto católico como el que más. Queda patente, por tanto, que Jovellanos fue objeto de una persecución elitista muy similar a la de Priestley, pues, al igual que ocurrió en su caso, la clase política del país veía en Jovellanos una figura revolucionaria que hacía peligrar el *statu quo*. El intelectual español, al contrario que el inglés, no huyó a América, sino que, tras permanecer tres años en Asturias administrando su patrimonio a la muerte de su hermano mayor, terminó siendo recluido en Mallorca a partir de marzo de 1801. Allí, en la cartuja de Valldemossa, escribió la *Memoria sobre educación pública* que se comentará más adelante. Un año después, en mayo de 1802, será trasladado al castillo de Bellver, donde permanecerá custodiado hasta el inicio de la Guerra de la Independencia. Aprovechará este periodo de reclusión, sin embargo, para continuar escribiendo.³¹

Finalmente, será liberado en la primavera de 1808. Se le nombra Ministro del Interior dentro del Gobierno afrancesado de José Bonaparte, pero Jovellanos no acepta el cargo, pues consideraba que, pese a estar de acuerdo con algunos de los ideales bonapartistas, lo más éticamente correcto era mantenerse como simpatizante del nuevo Gobierno compuesto por los partidarios de la monarquía borbónica, como demuestra la composición de su *Memoria en defensa de la Junta Central* (1811).³² En este punto se pone de manifiesto que Jovellanos no puede ser calificado en modo alguno como un intelectual radical al estilo de Priestley, sino más bien como un reformista con un pensamiento más próximo al

²⁹ Intelectual y banquero español de origen francés (1752-1810), principal promotor del Banco de San Carlos (1782), primer banco nacional español, germen del actual Banco de España.

³⁰ Caso González, *Jovellanos*, 129-135; Colom Cañellas y Sureda García, «Introducción», 17.

³¹ Colom Cañellas y Sureda García, «Introducción», 18-22; Arce García, «Jovellanos: el hombre y el pedagogo», 143-144.

³² Caso González, *Jovellanos*, 153-154; Colom Cañellas y Sureda García, «Introducción», 22-23; Arce García, «Jovellanos: el hombre y el pedagogo», 143-144.

kantiano: hay que aspirar a cambiar la sociedad pero desde las estructuras políticas y sociales ya constituidas. Esto lleva a pensar que, al contrario que Priestley, Jovellanos no se mostró partidario del curso que siguió la Revolución francesa. Huyendo de las tropas francesas, se instaló con la Junta Central en Sevilla, y posteriormente, regresó su tierra natal, donde permaneció hasta agosto de 1811, cuando, atosigado por el regreso de las tropas napoleónicas a Asturias, marchó a Puerto de Vega, donde falleció en noviembre de ese mismo año.³³ En todas las obras de Jovellanos se aprecia el talante reformista que le caracterizaba y, asimismo, la variedad de temas tratados no hace sino reafirmar que fue un hombre con un amplio espectro de preocupaciones. De esta forma, además de las dos obras ya citadas, cabe destacar otras de carácter literario, como la tragedia *El delincuente honrado* (1774); jurídico, como la *Memoria para el arreglo de la policía de los espectáculos públicos y sobre su origen en España* (1790); económico, como el *Informe en el Expediente de la Ley Agraria* (1794); e incluso botánico, como el *Tratado de botánica mallorquina* (1801).

LA EDUCACIÓN EN PRIESTLEY Y JOVELLANOS: UNA COMPARACIÓN

Joseph Priestley y Gaspar Melchor de Jovellanos son, por tanto, dos hombres ilustrados en el más amplio sentido de la palabra, aunque cada uno siguiendo un camino distinto. Por un lado, Priestley puede definirse como un personaje procedente de un entorno eminentemente práctico que, tras recibir una amplia formación mixta teórico-práctica, dedicará sus esfuerzos a la predicación, cada vez más radical, de una reforma religiosa que debe pasar por un cambio en las estructuras políticas, sociales y culturales de Inglaterra. Por otro lado, Jovellanos, procedente del estamento nobiliario y receptor de una formación religiosa tradicional, entrará en contacto, a través de agentes externos a la propia educación formal (Cadalso, Olavide, Cabarrús) con unos principios ilustrados que le llevarán a demandar una reforma legislativa en distintos ámbitos, siempre respetando, sin embargo, las estructuras políticas, sociales y culturales vigentes, lo que le llevará, a pesar de todo, a su reclusión en Mallorca. Ambos cuentan, por tanto, con un objetivo común, como es el

³³ Caso González, *Jovellanos*, 161-162; Colom Cañellas y Sureda García, «Introducción», 23.

de lograr el progreso de sus respectivos países en todos los ámbitos, pero sus diferencias estriban en la forma en que se debe proceder a dichos cambios. Pero ¿siguen sus concepciones sobre la educación, principal medio para lograr dichas transformaciones, la misma lógica que sus respectivas trayectorias vitales?

Ambos autores, como se ha señalado al hacer referencia a sus biografías, compusieron sendos tratados explicando sus concepciones acerca de la educación: Priestley publicó en 1764, al inicio de su carrera profesional, su *Essay on a Course of Liberal Education for Civil and Active Life*, mientras que Jovellanos escribió, hacia el final de su vida, en 1802, su *Memoria sobre educación pública*, que, de hecho, se encuentra inacabada. Se puede apreciar ya desde el principio una clara diferencia cronológica: la obra española fue compuesta prácticamente cuarenta años más tarde que la primera. Esto no es de poca importancia, puesto que, mientras que la obra de Priestley fue escrita en pleno apogeo del sentimiento ilustrado, la de Jovellanos se compuso en un momento de desencanto o, en otras palabras, de un optimismo más moderado. El inglés, después de haber leído a Locke y a David Hartley,³⁴ y de haber entrado en contacto con los disidentes de Daventry, y mientras se encuentra ejerciendo como docente en Warrington, compone una obra pensando, desde una perspectiva optimista, que su método educativo puede contribuir al progreso de una sociedad cuyo continuo cambio lo está demandando. Por el contrario, el asturiano, recluido en un monasterio de Valldemossa por ser considerado un potencial revolucionario, precisamente por promover un reformismo en beneficio de la sociedad española, parece sentirse de alguna forma decepcionado con una colectividad todavía dominada por unas autoridades inmovilistas. Es por ello que en su *Memoria* apostará por la formación del hombre como individuo, que debe ser educado no solo en beneficio de la sociedad, sino también en el suyo propio. De alguna forma, Jovellanos insiste en el ideal humanista de la formación como medio por el cual el individuo logra su realización como persona humana, lo que permite considerarle como un predecesor del movimiento romántico ya incipiente en algunas regiones del norte de Europa.

³⁴ Filósofo empirista británico de origen novoescoto (1705-1757), cuya obra más importante es *Observations on Man* (1749), en la que se inspiró Priestley.

Para comenzar a comparar ambas perspectivas, es necesario en primer lugar apuntar que tanto Priestley como Jovellanos son conscientes de que la educación conduce a la prosperidad, si bien existen diferencias de matiz. Por un lado, el autor inglés considera que se debe incentivar un nuevo tipo de educación que se adapte a una época, la que se está viviendo, en la que los estados europeos ya han alcanzado un «elevado grado de poder y de felicidad», pues ya «se han despertado» y ya «conocen cuáles son sus verdaderos intereses».³⁵ De alguna forma, Priestley considera que el progreso político, económico y social ya se ha logrado gracias a una «accidental concurrencia de circunstancias» en las que los hombres han sido los «instrumentos pasivos y ciegos de su propia felicidad» (*Essay*, 3), y que para mantenerlo en un periodo en el que son necesarias unas políticas cada vez «más inteligentes y vigilantes» (*Essay*, 4), es necesario modificar el sistema educativo: el futuro comportamiento y éxito de los hombres depende de la educación que reciban. Por el contrario, para Jovellanos es precisamente la educación pública el origen de esta prosperidad social: «con la instrucción todo mejora y florece» (*Memoria*, 85).³⁶ En lo que respecta al autor español, por tanto, todavía no parece haberse llegado al clima de felicidad general del que habla Priestley. Del mismo modo, mientras que el autor inglés hace hincapié en términos de prosperidad multinacional, Jovellanos considera que, para lograrla, antes es necesario que el hombre se instruya como individuo, pues la educación «le facilita todos los medios de su bienestar, ella, en fin, es el primer origen de la felicidad individual» (*Memoria*, 86): es la suma de todas las felicidades individuales la genera la prosperidad pública. Aquí se aprecia el marcado individualismo jovellanista comentado más arriba: es el individuo el que debe alcanzar una formación suficiente para cambiar por sí mismo la realidad. Por tanto, las diferencias ante la pregunta «¿qué fue antes, la educación o la prosperidad social?» demuestran la contraposición entre el optimismo de Priestley, partícipe de

³⁵ Joseph Priestley, *An Essay on a Course of Liberal Education for a Civil and Active Life* [1764], incluido como Prefacio de su obra *Lectures on History and General Policy*, vol. I (London: Printed for J. Johnson, St. Paul's Church Yard, 1793), 4. De aquí en adelante las referencias a todas las citas de la obra de Priestley se señalarán entre paréntesis, indicando la primera palabra del título y la página.

³⁶ Gaspar Melchor M^a de Jovellanos y Ramírez, *Memoria sobre educación pública, o sea, tratado teórico-práctico de enseñanza, con aplicación a las escuelas y colegios de niños*, eds. Antonio Juan Colom Cañellas y Bernat Sureda García (Madrid: Editorial Biblioteca Nueva, 2012 [1802]), 85. De aquí en adelante las referencias a todas las citas de la obra de Jovellanos se señalarán entre paréntesis, indicando la primera palabra del título y la página.

una época en la que Inglaterra está comenzando a consolidar su Imperio colonial y a convertirse en un agente poderoso y a la vez vulnerable en el panorama europeo, y el pesimismo de un Jovellanos que ve, como a pesar de todo intento de reforma colectiva, España no prospera, sino que más bien decae.

En segundo lugar, cabe destacar la que quizás sea la diferencia más notable y perceptible entre ambas teorías educativas, y que gira en torno a la cuestión «¿a quién debe ir dirigida la nueva educación que ambos propugnan?». Priestley, por un lado, destaca que el nuevo modelo educativo que él propone debe ir dirigido sobre todo a «los ministros de estado, y a todas las personas que tengan algo de influencia sobre los esquemas del avance público y nacional» (*Essay*, 4). Estas personas receptoras de la nueva educación se dividen en dos grupos, ambos referidos en el título del ensayo: aquellas personas que se van a dedicar a la vida activa («*Active Life*») y las que van a llevar una vida civil («*Civil Life*»), esto es, a los nuevos industriales y a los políticos o estadistas. Ambos grupos bajo los cuales recae, según deja entender Priestley, el progreso social; unos como principales agentes económicos y los otros como agentes políticos: sus conductas «afectarán a la libertad y a la propiedad de sus paisanos, y a la riqueza, fuerza y seguridad de su país» (*Essay*, 9-10). A pesar de ello, este autor se muestra partidario de que las mujeres recibieran una formación igualitaria con respecto a los varones,³⁷ aunque con el inconveniente práctico de que en ningún caso los oficios industriales y políticos estaban dirigidos a las mujeres. Por tanto, Priestley presenta un modelo educativo que, si bien, como se verá más adelante, es innovador en sus contenidos, tiende al elitismo: solo son educables aquellos cuya actividad es útil para el progreso británico. Por el contrario, Jovellanos, en tanto que considera al «ser humano el único que puede ser perfeccionado por [la educación]» (*Memoria*, 86), abre su modelo educativo a todos los habitantes del reino, como expresa del siguiente modo jugando irónicamente con un argumento conceptual:

[Hay que facilitar] una educación noble y necesaria a todos los que están destinados a vivir noblemente, y que este destino no se regula por pergaminos, sino por facultades; y en fin, que el bien público exige que la buena y liberal instrucción se comunique a la

³⁷ Watts, «Joseph Priestley», 345.

mayor porción posible de ciudadanos [...] Si se trata de una educación de los nobles, ¿por qué, dirán estos, se admiten al seminario los que no lo son?, y si solo de educar la gente acomodada, ¿por qué, dirán otros, se llamará el seminario de nobles? ¿Por qué no se trata solo de un seminario de educación? (*Memoria*, 96).

Esta ironía fue expresada en el marco de una crítica constructiva a la Sociedad Económica Mallorquina de Amigos del País, que quería establecer en la isla un seminario únicamente para nobles y personas acomodadas.³⁸ No obstante, Jovellanos considera que para lograr el fin de prosperidad para el país es necesario que la enseñanza sea un derecho universal destinado a vivir «noblemente», no como grupo social, sino en tanto que transforma a las personas moralmente; es decir, la formación que recibe un individuo es lo que realmente le distingue de lo salvaje y le convierte en un ser racional de acuerdo a los principios de la moral cristiana que, como se hará referencia más adelante, goza de gran importancia en el pensamiento jovellanista,³⁹ lo que no puede ser de otra manera dada la extensa formación teológica y canónica que recibió con el objetivo de ejercer, en un principio, como docente universitario en esta materia. Es más, el autor asturiano critica abiertamente el elitismo, o en sus propios términos, exclusivismo, del sistema educativo vigente en España, y propone que la educación, además de ser universal, es decir, para «cualquiera clase y sexo que sean [los alumnos]» (*Memoria*, 119), debe ser financiada por el Gobierno para quienes carecen de recursos económicos:⁴⁰

Todas [las clases sociales] tienen derecho a ser instruidas. Le tienen, porque la instrucción es para todas un método de adelantamiento, de perfección y felicidad; y le tienen, porque si la prosperidad del cuerpo social está siempre, como hemos probado, en razón de sus miembros, la deuda de la sociedad para ellos será igual hacia todas y se extenderá a la universalidad de sus

³⁸ Negrín Fajardo, «Escritos pedagógicos de Jovellanos», 310.

³⁹ Negrín Fajardo, «Escritos pedagógicos de Jovellanos», 296; Silverio Sánchez Corredera, *Jovellanos y el jovellanismo* (Oviedo: Fundación Gustavo Bueno, 2004), 723.

⁴⁰ Ángeles Galino Carrillo, «Gaspar Melchor de Jovellanos (1744-1811)», *Perspectivas: Revista Trimestral de Educación Comparada*, UNESCO (Oficina Internacional de Educación) XXIII, no. 3 y 4 (1993): 815-816; Arce García, «Jovellanos: el hombre y el pedagogo», 149-150; Negrín Fajardo, «Escritos pedagógicos de Jovellanos», 280; Sánchez Corredera, *Jovellanos y el jovellanismo*, 561.

individuos [...] [Mientras que los ricos pueden pagarse una educación particular] los pobres carecen de todo, y solo los pueden esperar [arbitrios y recursos necesarios] del Gobierno (*Memoria*, 97-98).

Más adelante, continúa insistiendo en la formación de la mayoría poblacional carente de recursos: «[La utilidad de la instrucción depende de] su buena distribución [pues no es de recibo] que los individuos de las masas más productivas y más útiles sean ineptos para sus respectivas profesiones» (*Memoria*, 119). No obstante, a pesar de todas estas afirmaciones teóricas, Jovellanos parece restringir el acceso de los más pobres a la educación superior,⁴¹ haciendo hincapié en que, para poder acceder a la enseñanza media, los niños más pobres debían tener al menos trece años y saber leer y escribir con facilidad, aspecto que en la práctica se daba con poca frecuencia, pues, como bien debía de saber Jovellanos, a esa edad ese tipo de niños no habían recibido educación alguna y dedicaban su tiempo a trabajar.⁴² Esta restricción parece ponerla de manifiesto de forma indirecta el propio autor en su *Memoria*:

¿a qué podrá aspirar un pueblo sin educación, sino a la servil y precaria condición de jornalero? Ilustradle pues en las primeras letras, y refundid en ellas toda la educación que conviene a su clase. Ellas serán entonces la verdadera educación popular. Abridle así la entrada a las profesiones industriales, y ponedle en los senderos de la virtud y de la fortuna. Educadle, y dándole así un derecho a la felicidad, labrareis vuestra gloria y la de vuestra patria (*Memoria*, 142).

En definitiva, y pese a esta cierta ambivalencia jovellanista, es perceptible en este punto una dicotomía entre la educación elitista destinada a formar a políticos e industriales promovida por Priestley y la formación universal y gratuita incentivada por Jovellanos. Hay que tener en cuenta a este respecto que Priestley se muestra ambiguo con respecto a la educación de la población más pobre, porque temía que se produjera

⁴¹ Negrín Fajardo, «Escritos pedagógicos de Jovellanos», 305.

⁴² Juan Luis Castellano Castellano, «Notas sobre el pensamiento educativo de Jovellanos», *Chronica Nova* 11 (1980): 39-56 (51-52).

la consolidación de una educación estatal en la que se impusiera un pensamiento monolítico que afectase a la libertad de cátedra.⁴³ En este sentido, es necesario recordar que los dos grandes centros ingleses de educación superior, las universidades de Oxford y Cambridge, constituían precisamente objeto de control por parte de la Iglesia Anglicana, institución que Priestley asociaba, como se ha comentado en el apartado anterior, a la Monarquía. Constituyen para él un ejemplo de que el control estatal sobre la educación puede resultar contraproducente con respecto al mantenimiento de unos métodos neoescolásticos arcaicos, al contrario de lo que ocurría en los centros educativos disidentes como Daventry o Warrington, que estaban en manos privadas y aseguraban una formación más adaptada a los cambios seculares. Además, Priestley, al contrario que su contemporáneo español, nunca mantuvo contacto alguno con la población más pobre, sino que, más bien, su vida profesional transcurrió siempre entre las élites industriales y políticas a cuyos hijos iba su modelo educativo dirigido, ya se tratase de los miembros de la Sociedad Lunar de Birmingham, de Lord Shelburne o de Thomas Jefferson.

Por su parte, Jovellanos es consciente de que la prosperidad española depende de unas actividades agrarias y mineras escasamente productivas que son desarrolladas por una mayoría poblacional cuyas condiciones de vida son deplorables, como él mismo pudo comprobar cuando se integró en las comunidades mineras de su tierra natal para elaborar una serie de informes demandados por el Gobierno con el objetivo de conocer la condición de la minería en esta zona.⁴⁴ Jovellanos considera que estas personas también deben formarse por medio de instituciones de segunda enseñanza especializadas,⁴⁵ pues, con independencia de su estatus social o económico, tienen el derecho a ennoblescarse, es decir, a crecer moralmente en tanto que seres humanos y a aprender las «profesiones industriosas» para que la economía española deje de depender de las actividades agrarias. En definitiva, puede percibirse un enfoque paradójico en este punto: el autor formado en un entorno supuestamente más abierto a los cambios y promotor de las libertades individuales, como es el caso de la Inglaterra del siglo XVIII, propone una restricción

⁴³ Watts, «Joseph Priestley», 345-346.

⁴⁴ Colom Cañellas y Sureda García, «Introducción», 16.

⁴⁵ Polt, «Jovellanos y la educación»; Sánchez Corredera, *Jovellanos y el jovellanismo*, 182.

del acceso a la educación a determinados grupos, mientras que un autor formado siguiendo un método escolástico dogmático se muestra más partidario de la universalización de la educación, aunque con las limitaciones ya referidas. La respuesta a esta paradoja se puede encontrar en el humanismo cristiano bajo el que se formó el autor español, que se analizará más adelante.

En tercer lugar, cabe hacer referencia a la similitud entre las metodologías educativas que propone cada autor, que redundan, a su vez, en un paralelismo importante entre los contenidos que se deben impartir siguiendo dicha metodología. Tanto Priestley como Jovellanos critican abiertamente los métodos tradicionales de enseñanza basados en una metodología escolástica que apenas había variado en las principales universidades desde el siglo XIII. El aprendizaje estructurado en el seguimiento estricto de la *lectio, quaestio, disputatio y determinatio* no se adaptaba, por ser excesivamente teórico, al auge cada vez mayor de las ciencias prácticas dentro de una sociedad cada vez más modernizada que estaba comenzando a industrializarse. Desde una perspectiva típicamente ilustrada, tanto uno como otro autor se vuelcan por un nuevo método de enseñanza que resulte útil para el progreso de la sociedad. De esta forma, Priestley, por un lado, considera que:

Hasta ahora, no se ha considerado que el aprendizaje estuviera dirigido a nadie más que el clero. Era natural, por tanto, que todo el plan educativo, desde las escuelas primarias hasta la finalización de los estudios universitarios, estuviera destinado a su formación. Si otro reducido número de personas, que no estaban destinadas a tomar los hábitos sagrados, se integraban en el sistema educativo, no se podía esperar que se ideara un método alternativo de enseñanza únicamente para ellos (*Essay*, 2).

La educación clerical, apunta el autor inglés, no puede ser la propia ni de los políticos ni de los industriales, pues «los estudios juveniles deberían tender a disponer al estudiante para los negocios que vaya a desempeñar en la adultez» (*Essay*, 5), al contrario de lo que ocurría con frecuencia: las grandes familias de políticos e industriales han preferido «enviar a sus hijos a las escuelas tradicionales en gran medida influidos por la costumbre y la moda o, también, con vistas a la formación de conexiones que puedan serles de utilidad en un futuro» (*Essay*, 6). El

aprendizaje escolástico dirigido a la formación de clérigos no resulta de utilidad en la nueva sociedad que se está constituyendo, pues hasta entonces, dicho método provocaba que los estudiantes se abstraieran del mundo real, contribuyendo a crear un abismo entre los académicos y el resto de las personas, hasta el punto de que «se avergonzaban más por expresarse en un latín malo que por utilizar inapropiadamente su lengua materna, a la que consideraban patrimonio del vulgo» (*Essay*, 23). Por su parte, Jovellanos aprovecha un apartado dedicado a disertar acerca de la Lógica, materia sobre la que se sustenta el principio dialéctico que da lugar al método escolástico, para criticar dicho sistema de formación, alegando que «la lógica que deseamos para nuestro plan no es esta lógica escolástica y abstracta de nuestras universidades» (*Memoria*, 140); es decir, no

aquella que se ocupa principalmente en el artificio del raciocinio, o bien en cuestiones estériles [...] pues ¿qué necesidad hay de llevar a los jóvenes por el largo e intrincado camino de las categorías y universales, ni tampoco de empeñarlos en las vueltas y revueltas del artificio silogístico, en que tanto se deleitan y detienen nuestros dialécticos? (*Memoria*, 141).

Se aprecia, por tanto, cómo ambos autores consideran este método escolástico como inadecuado para su tiempo. Priestley, por un lado, si bien no ha sido educado bajo las normas escolásticas, las critica por considerarlas inútiles para el tipo de profesiones que han de desempeñar los industriales y los políticos, y por asociarlas a la educación impartida en las desfasadas universidades anglicanas de Oxford y Cambridge. De hecho, llega a afirmar que, si los métodos no cambian, «no nos tendríamos que sorprender si cualquier día encontráramos nuestros colegios, academias y universidades desiertos» (*Essay*, 24). Jovellanos, por otro lado, sí que ha sido objeto de una formación plenamente escolástica, y aun así la critica por su utilización de inútiles métodos excesivamente memorísticos que basan el aprendizaje en la especulación y no en los métodos experimentales,⁴⁶ recurriendo a la mera repetición de los mismos argumentos y siempre utilizando la misma lengua muerta, el

⁴⁶ Polt, «Jovellanos y la educación»; Negrín Fajardo, «Escritos pedagógicos de Jovellanos», 283-284, 311-312.

latín, y culpa de ello, al igual que Priestley, a los profesores y a las instituciones que los promueven.⁴⁷

Frente a este método caduco, ambos autores abogan por una enseñanza teórico-práctica extraída del pensamiento de Locke, que defendía precisamente que en lugar de ser educados con un escolasticismo pedante se debería enseñar a los niños a observar para llegar a conocer el mundo que les rodea, pues el hombre es el producto de un aprendizaje experimental obtenido a través de la asociación de ideas.⁴⁸ En otras palabras, únicamente se puede alcanzar el conocimiento de la realidad mediante la interpretación de los estímulos que reciben los sentidos. Además de Locke, entre las grandes influencias de Priestley se encuentra Hartley, quizás por su firme creencia en que la educación es indispensable para el progreso y porque, en comparación con Locke, sus escritos eran mucho más sencillos y directos, pues exponían que, partiendo de la base de las impresiones que el hombre obtiene de su entorno, se genera una cadena de causas y consecuencias en el aprendizaje humano.⁴⁹ Priestley, como ya se ha comentado, considera que cada persona debe estudiar conforme a su futura profesión, y si para él las profesiones útiles son la política y la industria, que son oficios prácticos, habrá que orientar el método educativo hacia ello. No obstante, este autor, como profesor de Lenguas Modernas y Retórica, se centra principalmente en el método que se debe seguir en las aulas en lo referente a estas materias, que puede concretarse en una mayor participación por parte del alumnado, quedando el profesor limitado, en estas clases prácticas, prácticamente a ejercer de mediador en los debates y a incentivar la adopción de posturas críticas por parte de los estudiantes. Para Priestley, el profesor deja de ser una figura incuestionable, pues apunta que «no puede esperarse que ningún hombre sea infalible» (*Essay*, 32), abandonando de esta forma el tópico del profesor como autoridad: también puede aprender a partir de las objeciones de sus alumnos. En definitiva, el método que propone el autor inglés se basa en la conversación entre los alumnos, y entre estos y el profesor, que evita que los alumnos distraigan su atención del tema a discutir y supone un abandono de la

⁴⁷ Negrín Fajardo, «El currículum reformista», 288.

⁴⁸ Porter, *Enlightenment*, 263 y 341.

⁴⁹ Porter, *Enlightenment*, 407; Watts, «Joseph Priestley», 344-345.

ridícula disciplina que se imponía en las tradicionales escuelas de Gramática, que producía precisamente los efectos contrarios.

Jovellanos, por su parte, admirador y frecuente lector de Locke,⁵⁰ dedica un mayor espacio a reflexionar sobre sus principios. Para este autor, «la experiencia le enseña [al hombre] a distinguirlos [objetos de su alrededor], y la razón a convertirlos en su provecho» (*Memoria*, 91). En este punto cabría hacer referencia a las distinciones que Jovellanos realiza entre los términos instrucción y educación. Para el autor asturiano, la educación es un medio para ilustrar la «razón [del individuo] con los conocimientos que pueden perfeccionar su ser» (*Memoria*, 91), mientras que la instrucción es el «saber que recibe el hombre desde estímulos externos» (*Memoria*, 92). Por tanto, no toda instrucción es educación, pues el hombre puede aprender de estímulos externos conocimientos que no contribuyen al mejoramiento de su persona,⁵¹ aspecto que constituye un matiz de moderación al radicalismo de Jean-Jacques Rousseau, que consideraba toda educación corrompedora.⁵² La educación se obtiene «por medio de una comunicación metódica, a que llamamos más propiamente enseñanza» (*Memoria*, 93). Es esta enseñanza la que debe impartirse según los principios de la experiencia y de la razón. No obstante, al contrario que Priestley, Jovellanos no llega a establecer los principios que debe seguir el profesorado a la hora de impartir clase pues, como ya se ha comentado, su *Memoria* se encuentra incompleta.

El currículum que ambos autores proponen para este modelo educativo teórico-práctico es asimismo bastante similar. Priestley, por un lado, establece que para poder acceder a los estudios superiores, los niños deben tener el suficiente dominio del latín como para entender las obras clásicas sencillas, un muy buen conocimiento del francés y unos conocimientos básicos de álgebra y geometría. Una vez accedido a los estudios superiores, el alumno recibirá un importante bagaje en Historia General, materia que sirve para la formación de «un estadista capaz y de un ciudadano inteligente y útil» (*Essay*, 12), en comercio, en la historia de Inglaterra y en las constituciones y leyes vigentes. A simple vista, y sin

⁵⁰ Galino Carrillo, «Gaspar Melchor de Jovellanos», 816.

⁵¹ Negrín Fajardo, «Escritos Pedagógicos de Jovellanos», 275-276 y 278.

⁵² Galino Carrillo, «Gaspar Melchor de Jovellanos», 814.

necesidad de mucha explicación, se aprecian claramente unos contenidos muy dirigidos al tipo de personas que Priestley consideraba de utilidad para el desarrollo de la sociedad: industriales en su sentido más amplio y políticos o funcionarios civiles. Además, promueve también la revalorización de la lengua inglesa como idioma de estudio, por cuanto constituye un medio para reivindicar y mantener el poder hegemónico que estaba comenzando a ostentar Inglaterra sobre el resto del mundo.⁵³ Para Priestley se trata de materias útiles «no más duras que las tradicionales y, en el caso de que lo fueran, es mejor que aprendan sus rudimentos a que no aprendan nada» (*Essay*, 15-16).

Por otro lado, Jovellanos elabora un programa curricular basado en la premisa de que «el hombre debe estudiarse a sí mismo y estudiar a la naturaleza» (*Memoria*, 111), lo que implica la construcción de un sistema algo más complejo que el de su contemporáneo inglés. Señala, siguiendo a Locke y Rousseau, que, con anterioridad a los estudios oficiales, es importante que el niño reciba en el ámbito doméstico una instrucción moral personalizada tanto física como intelectual que sea completamente empírica, consistente en adquirir ideas a partir de sensaciones y asentándolas en la mente a través del uso.⁵⁴ De hecho, llega a afirmar que en estos primeros años de formación, los profesores deben sobresalir más por sus cualidades morales que por las intelectuales.⁵⁵ La utilización de la razón como medio de estructurar e interpretar dichas ideas, se reserva a la educación oficial cuyos contenidos se distribuyen a su vez en ciencias metódicas, es decir, aquellas materias instrumentales sin las cuales el estudiante no puede llegar a alcanzar el resto de conocimientos, esto es, las ciencias instructivas, que sirven como complemento a las metódicas. Por su parte, las ciencias metódicas pueden estructurarse en tres lenguajes: la lengua propiamente dicha, la aritmética y la geometría. Esta obra, sin embargo, al estar inacabada, únicamente trata todo lo relativo a la lengua, sin entrar a fondo en el estudio de la aritmética ni en el de las ciencias instructivas. La importancia de la lengua, explica Jovellanos, radica en que es «un verdadero instrumento analítico» (*Memoria*, 116) indispensable para estructurar los pensamientos,

⁵³ Watts, «Joseph Priestley», 347.

⁵⁴ Sánchez Corredera, *Jovellanos y el jovellanismo*, 702.

⁵⁵ Polt, «Jovellanos y la educación».

pues «entrando [en el alma] muchas ideas a la vez, indistintas y confusas, [el pensamiento] las distingue, las determina y las ordena por medio de los signos que convienen a cada una [lenguaje]» (*Memoria*, 116). Esta definición, como se puede comprobar, se corresponde con la que propone de «enseñanza», pues, al fin y al cabo, dicha enseñanza consiste precisamente en la comunicación metódica de las ideas a través del lenguaje.

Jovellanos, al igual que Priestley, primará el estudio de las lenguas vernáculas al de las lenguas muertas,⁵⁶ llegando a afirmar que «el estudio de las lenguas latina y griega y de los preceptos de la retórica y poética constituían el fondo del estudio de las humanidades; pero esta idea, que pudo ser exacta, y que seguramente fue muy provechosa, ha venido a ser muy funesta a la educación general» (*Memoria*, 124). Las lenguas vulgares se han extendido al adaptarse a los avances de las nuevas ciencias; es decir, están vinculadas a los nuevos conocimientos, al contrario de lo que ocurre con el latín o el griego, que son un símbolo del pasado.⁵⁷ En sus propias palabras, las lenguas vernáculas son «el único instrumento de comunicación de que nos habemos de servir en la sociedad» (*Memoria*, 127). Además de las lenguas vernáculas, entre las que Jovellanos destaca el francés y el inglés,⁵⁸ se debe estudiar también Gramática General, Retórica y Poética, estas dos últimas como un complemento de la primera y no como materias troncales, como ocurría en el método escolástico tradicional.⁵⁹ A la Lógica, por su parte, la convierte en un mero instrumento para la concatenación de ideas alejado, como se ha comentado anteriormente, de sus connotaciones tradicionales, cuando se daba «todo a la especulación y nada a la experiencia» (*Memoria*, 145). Ambos autores presentan, por tanto, una metodología y un programa curricular menos teórico que el tradicional y más práctico, en el sentido de que pretende adaptarse mejor al auge de las nuevas ciencias y al nuevo rumbo socioeconómico que está tomando Europa. De esta forma, pierden importancia las materias propias del *trivium* y del *quadrivium*, así como el latín y el griego, a favor de la Historia, el Comercio, la legislación

⁵⁶ Polt, «Jovellanos y la educación».

⁵⁷ Negrín Fajardo, «Escritos pedagógicos de Jovellanos», 289.

⁵⁸ Polt, «Jovellanos y la educación»; Negrín Fajardo, «Escritos pedagógicos de Jovellanos», 291.

⁵⁹ Negrín Fajardo, «El currículum reformista», 274-278.

contemporánea y las lenguas modernas. En ningún caso, sin embargo, pretenden que las materias tradicionales desaparezcan: sus nuevos métodos no son revolucionarios ni rompedores, sino reformistas.⁶⁰ De hecho, en el caso concreto de Jovellanos, los saberes antiguos son muy valorados:⁶¹ el único problema estriba en que ya no son útiles.

Por último, pese a las similitudes referidas en lo relativo a las metodologías de enseñanza y a los programas curriculares, cabe destacar una diferencia que afecta al conjunto de las teorías educativas de ambos intelectuales: la cuestión de la diferencia confesional. Efectivamente, este aspecto tiene una gran influencia en el modo de pensar de ambos autores, y consiguientemente, de concebir la educación. No hay que desdeñar el factor, por otra parte, de que tanto Priestley como Jovellanos se han formado con el objetivo de ejercer el oficio clerical, lo que implica, consiguientemente, que ambos cuentan con un importante bagaje teológico. Por un lado, el autor inglés, después de renegar de los preceptos de la predestinación propuestos por el presbiterianismo bajo el que se formó inicialmente, abrazó una novedosa confesión protestante, el unitarismo, que puede ser vista como un reflejo del impulso racional y empírico del que fue objeto el mundo anglosajón en el siglo XVIII. Constituye una interpretación muy libre y racionalista el cristianismo, cuya creencia básica es que existe un Dios creador entendido en un sentido abstracto al que se debe rendir culto sin fastuosidades externas, y que procura la salvación a quien guía su vida por el esfuerzo. Es por ello que el modelo educativo que propone Priestley incentiva el trabajo teórico-práctico individual: una persona puede aspirar mediante el conocimiento a transformar la sociedad por sí misma y sin los impedimentos impuestos por la colectividad, entendida en un sentido amplio como el conjunto de condicionantes establecidos por las estructuras políticas, sociales y culturales oficiales o tradicionales.

Por otro lado, Jovellanos también entiende que la educación forma parte de un esfuerzo individual, pero siempre considerando el concepto de «persona» propio del humanismo cristiano en el que se había educado. El fin último del hombre es lograr su propia felicidad, que se consigue a través del alcance de la virtud entendida como el «constante deseo

⁶⁰ Negrín Fajardo, «El currículum reformista», 268-269.

⁶¹ Castellano Castellano, «Notas sobre el pensamiento», 46.

de seguir la [voluntad del Supremo Legislador]» que consiste en que «todas nuestras ideas y sentimientos se conformen con ella» (*Memoria*, 173). La educación debe llevar, por tanto, al conocimiento de Dios a través del estudio de sus manifestaciones terrenales: el propio hombre, que es cognoscible por medio del aprendizaje teórico, y la naturaleza que le rodea, que lo es a partir del aprendizaje empírico. De hecho, el autor asturiano afirma que, si los estudiantes no llegan al conocimiento de Dios, pueden caer en la superstición, lo que indica que Jovellanos pretende que el método por el que se alcance el conocimiento divino sea racional. Y, como todos los individuos, sean hombres o mujeres, ricos o pobres, siguen siendo personas creadas igualitariamente por Dios, deben tener acceso a la educación. Se aprecia, en general, cierto paralelismo entre las concepciones religiosas de ambos autores, en el sentido de que siguen caminos distintos para llegar a la misma conclusión: ambos huyen de la superstición en tanto que cualidad propia de la ignorancia. Sin embargo, no deja de apreciarse una contraposición entre el pragmatismo unitarista de Priestley y el humanismo cristiano de Jovellanos: ambos coinciden, como ilustrados que son, en que el fin último de la formación de una persona es su felicidad individual, si bien mientras que el primero entiende que se logra a través de la consecución de la riqueza propia y colectiva, el segundo pone de manifiesto que se consigue mediante el conocimiento de Dios.

CONCLUSIONES: ¿CÓMO REPERCUTIERON SUS RESPECTIVAS PROPUESTAS EDUCATIVAS?

En conclusión, Joseph Priestley y Gaspar Melchor de Jovellanos constituyen sendos ejemplos de cómo, dentro del amplio movimiento cultural de la Ilustración, existen tantos sistemas de pensamiento como ilustrados: cada uno es producto de unas circunstancias vitales y formativas determinadas, diferentes a las del resto. En el caso de estos dos intelectuales, por tanto, se pueden encontrar semejanzas y diferencias de calado. En lo que respecta a sus respectivos ámbitos biográficos, tanto Priestley como Jovellanos vivieron en una época de profundos cambios, más notorios si cabe en Inglaterra que en España, y en permanente contacto con las influencias culturales del momento. Los dos personajes se vieron involucrados, de forma más o menos directa, en el discurrir político e intelectual de sus respectivos estados, en tanto que ambos

mantuvieron contactos con los grupos de la élite reformista, ya fuera la Sociedad Lunar de Birmingham o las Sociedades Económicas de Amigos del País en España, si bien es cierto que a ambos les tocó lidiar con el periodo de mayor intransigencia derivado del estallido de la Revolución francesa, acontecimiento ante el cual, sin embargo, tomaron posturas distintas: Priestley era más tendente al radicalismo que su contemporáneo español, partidario de una reforma no rompedora. En todo caso, como consecuencia de su pensamiento alternativo al hegemónico, ambos terminaron siendo víctimas de la persecución, hasta el punto de que el autor inglés tuvo que huir a Estados Unidos y el español acabó por ser recluido en Mallorca.

Manifiestamente polímatas, tanto Priestley como Jovellanos dedicaron parte de sus esfuerzos intelectuales a la educación, que consideraban el principal medio para lograr la felicidad y el progreso de sus respectivos estados. Compuestas en épocas vitales e históricas distintas, el *Essay on a Course of Liberal Education* (1764) y la *Memoria sobre educación pública* (1802), presentan ciertos puntos en común, pero también algunas diferencias. Por un lado, ambos autores coinciden *grosso modo* en lo relativo a su crítica de la enseñanza escolástica tradicional: hay que reformar un sistema educativo obsoleto para la nueva sociedad que se está conformando. Ambos, influidos por Locke, coinciden en la necesidad de dejar atrás el estéril aprendizaje dialéctico y abogar por un método que incentive sobre los estudiantes el conocimiento teórico-práctico, más útil para desempeñar sus futuros oficios. Sobre esta crítica al escolasticismo se asientan sus respectivos sistemas educativos, que comparten en general los mismos contenidos (aprendizaje de lenguas modernas, conocimientos científicos, teología racional) y métodos de enseñanza, orientados, de alguna forma, a restarle protagonismo al maestro a favor de los estudiantes, que deben aprender mediante una participación activa tanto en las sesiones teóricas como en las prácticas.

Por otro lado, las diferencias no dejan de ser notables desde el principio: mientras que Priestley considera a la educación como un medio para consolidar un progreso social que ya es tangible en la Inglaterra de su tiempo, Jovellanos la considera como un instrumento para alcanzar una prosperidad que todavía no es perceptible en la España en la que vive. Además, difieren en lo referido a quiénes debe ser los destinatarios

de la educación. Priestley, desde una perspectiva pragmática, dirige su método a los niños de familias de industriales y políticos, esto es, de los dos grupos sociales cuya función él considera útil para el progreso socioeconómico de la sociedad. Por el contrario, Jovellanos, imbuido de un fuerte humanismo cristiano, aspira a la universalización de la educación, en tanto que todas las personas, sean de un grupo social o de otro, tienen el derecho que les otorga su condición humana para recibir una educación, al menos básica, que les salve de la ignorancia. En este sentido, la diferencia confesional resulta determinante para diferenciar ambos métodos, en tanto que pone de manifiesto el afán pragmático del primero y el espiritual del segundo, esto último en relación con la nueva perspectiva prerromántica que se está constituyendo en el tardío pensamiento jovellanista.

Para finalizar, es necesario preguntarse si el pensamiento educativo de Priestley y el de Jovellanos llegaron a aplicarse en la educación estatal. Por un lado, el pensamiento educativo del autor inglés tuvo una gran influencia en el desarrollo del movimiento unitarista, cuyos seguidores aplicaron en sus escuelas los contenidos y métodos empleados por Priestley en Warrington, pese al relativo retroceso que experimentaron durante la época romántica. A pesar de constituir un grupo minoritario, los unitarios, y por extensión, el pensamiento de Priestley, consiguieron que progresivamente las materias empíricas se fueran integrando en los programas oficiales, si bien no se llegó a conseguir que las ciencias se extendieran más allá de ciertos círculos académicos.⁶² Por otro lado, la idea de Jovellanos de constituir instituciones públicas de enseñanza preparatorias en las que había de aplicarse sus métodos docentes antes de que los estudiantes ingresaran en la universidad, tuvieron un impacto bastante débil a corto plazo. En el ámbito local, en 1836 finalmente se creó en Mallorca, con la denominación de Instituto Balear, la institución pública de enseñanza promovida por Jovellanos en su *Memoria*, después de que, en 1831, fuera reeditada en Madrid y rescatada por la Sociedad Económica Mallorquina de Amigos del País.⁶³ A un nivel nacional, sin embargo, su idea de una educación universal y gratuita no se aplicará de

⁶² Watts, «Joseph Priestley», 348-349.

⁶³ Colom Cañellas y Sureda García, «Introducción», 36-44.

forma efectiva hasta el inicio de la Segunda República (1931),⁶⁴ puesto que las reformas educativas del siglo XIX, incluidas las promovidas por la Ley Moyano (1857),⁶⁵ resultaron ciertamente limitadas.

Nota sobre el autor

ALEJANDRO SELL MAESTRO es becario de investigación en el Departamento de Historia y Filosofía de la Universidad de Alcalá. Su principal línea de investigación se centra en las relaciones políticas, culturales y religiosas entre España y Gran Bretaña durante la época moderna, y especialmente, en el Siglo de las Luces y sus antecedentes. Ha participado en dos trabajos colectivos publicados por el Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS) sobre las relaciones políticas y diplomáticas entre la Monarquía Hispánica y Flandes. Actualmente está trabajando sobre las circunstancias políticas que rodearon la publicación de *The Critick* (1681), la primera traducción inglesa de *El Crítico* de Baltasar Gracián, realizada por Paul Rycout.

REFERENCIAS

- Arce García, Victoriano de. «Jovellanos: el hombre y el pedagogo». *Pulso* 28 (2005): 139-154.
- Caso González, José Miguel. *Jovellanos*. Madrid: Fundación M^a Cristina Masaveu Peterson, 2011.
- Castellano Castellano, Juan Luis. «Notas sobre el pensamiento educativo de Jovellanos». *Chronica Nova* 11 (1980): 39-56.
- Colom Cañellas, Antonio Juan, y Bernat Sureda García. «Introducción». En Gaspar Melchor M^a de Jovellanos, *Memoria sobre educación pública, o sea, tratado teórico-práctico de enseñanza, con aplicación a las escuelas y colegios de niños*, 9-78. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva, 2012.

⁶⁴ Durante su primer bienio (1931-33), se mostró un gran interés por intensificar la política educativa, promoviendo la construcción de escuelas y bibliotecas públicas y la aplicación de las misiones pedagógicas, cuyo objetivo era el de extender la cultura por las zonas rurales.

⁶⁵ Denominada así en alusión a su principal promotor, el ministro Claudio Moyano, la Ley de Instrucción Pública destinada a reducir el escandaloso analfabetismo de la España de mediados del siglo XIX, regulando los periodos de formación y estructurando el sistema educativo en enseñanza primaria, secundaria y superior: Su vigencia se prolongó hasta su sustitución por la Ley General de Educación de 1970.

- Galino Carrillo, Ángeles. «Gaspar Melchor de Jovellanos (1744-1811)». *Perspectivas: Revista Trimestral de Educación Comparada*, UNESCO (Oficina Internacional de Educación) XXIII, no. 3 y 4 (1993): 808-821.
- Jovellanos y Ramírez, Gaspar Melchor M^a de. *Memoria sobre educación pública, o sea, tratado teórico-práctico de enseñanza, con aplicación a las escuelas y colegios de niños*, editado por Antonio Juan Colom Cañellas y Bernat Suerda García. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva, 2012 [1802].
- Kant, Immanuel. *Filosofía de la Historia*, traducción de Eugenio Ímaz. México D.F: Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Negrín Fajardo, Olegario. «Escritos Pedagógicos de Jovellanos». En *Obras Completas de Gaspar Melchor de Jovellanos*, vol. XIII, editado por José Miguel Caso González. Oviedo: Instituto Feijóo de Estudios del Siglo XVIII, 2010.
- Negrín Fajardo, Olegario. «El currículum reformista y la crítica de la metodología escolástica en Gaspar Melchor de Jovellanos». En *Jovellanos: el hombre que soñó España*, editado por Emilio de Diego et al., 265-292. Madrid: Ediciones Encuentro, 2012.
- Polt, John H. R. «Jovellanos y la educación», Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/jovellanos-y-la-educacin-0/html/fffa9866-82b1-11df-acc7-002185ce6064_7.html (consultado el 01-03-2019).
- Porter, Roy. *Enlightenment. Britain and the Creation of the Modern World*. London: Penguin Books, 2000.
- Priestley, Joseph. *An Essay on a Course of Liberal Education for a Civil and Active Life* [1764], incluido como Prefacio de su obra *Lectures on History and General Policy*, vol. I., 1-38. London: Printed for J. Johnson, St. Paul's Church Yard, 1793.
- Sánchez Corredera, Silverio. *Jovellanos y el jovellanismo*. Oviedo: Fundación Gustavo Bueno, 2004.
- Uglow, Jenny. *The Lunar Men: The Friends Who Made the Future*. London: faber&faber, 2002.
- Watts, Ruth. «Joseph Priestley (1733-1804)». *Prospects: the Quarterly Review of Comparative Education*, UNESCO (International Bureau of Education) XXIV, no. 1 y 2 (1994): 343-353.
- Zall, Paul M. «The Cool World of Samuel Taylor Coleridge: Joseph Priestley, Firebrand Philosopher». *The Wordsworth Circle* 9, no. 1 (Winter 1978): 64-70.